
Fadrique de Castilla, duque de Benavente, en la novela *El testamento de don Juan I*, de Teresa Arróniz y Bosch

ROXANA PÉREZ HIDALGO¹

1. INTRODUCCIÓN

1.1. LA AUTORA

En 1855, la escritora Teresa Arróniz (o Arnóriz) y Bosch (Cartagena, 1825 - Madrid, 1890) publicó en Madrid *El testamento de don Juan I: novela histórica original*, su obra más exitosa (reeditada, con ilustraciones, en Barcelona, en 1864), con el pseudónimo «Gabriel de los Arcos». Parece ser una autora de cierta importancia que incluso es premiada por la Real Academia, por la novela *Mari-Pérez* (1876), y que publicó un número considerable de obras en revistas literarias. A pesar de que su actividad se desarrolla en la segunda mitad del siglo y de cultivar todo género de novelas, nunca se acerca a la propiamente realista. La obra que nos ocupa en este artículo, cuya acción se desarrolla en los años siguientes a la muerte de Juan I, muestra, como otras de la autora, un especial conocimiento del siglo XIV. Su protagonista es Fadrique de Castilla, duque de Benavente.

1.2. UNA NOVELA HISTÓRICA

La novela histórica, cuyo principal divulgador fue Walter Scott, con su obra *Waverley* (1814), expone grandes crisis de la vida histórica, y pretende vivificar los tipos sociales de diversas épocas. El Romanticismo y las tendencias nacionalistas del siglo XIX propiciaron la creación y recepción de este tipo de obras, muchas veces escritas con intención de contrastar el pasado con el presente. Este género se difundió en España a través de las traducciones de Scott y Manzoni y de los emigrados, y alcanzó su mayor difusión en los años 30. La época de la novela que nos ocupa, llena de acontecimientos, es una de las favoritas de los autores, como lo demuestran *The Castilian (El Castellano)*, de Telesforo de Trueba y Cossío, ambientada en la época del rey Pedro el Cruel, o *El doncel de Don Enrique el Doliente*, de Mariano José de Larra. Una novela como *Las facciones de Cas-*

¹ I.E.S.O. de Benavente.

principios que han guiado su modo de plasmar la historia:

«Cada una de sus páginas revela que es la primer obra que ha salido de la mano del autor. Con sus incorrecciones, con sus defectos, manifiesta su inexperiencia y el entorpecimiento de la timidez. Sólo nos satisface el que hemos respetado la verdad histórica, que hemos elevado los caracteres, y que hemos ennoblecido las pasiones, demostrando con hechos que como los torrentes, a quien aquéllas se asemejan, necesitan un fuerte dique que las contenga, ya se llamen odio, venganza o amor» (II, XXVI).

¿Se produce realmente esta fidelidad? ¿Responde el tratamiento de los caracteres a principios tan cercanos a la visión romántica de la historia en la novela? El libro I, que consta de veintitrés capítulos, comienza con la muerte accidental del rey Juan I. Teniendo conocimiento temprano de ello de modo casual, don Fadrique, duque de Benavente, envía a su fiel Gonzalo de Figueroa a recoger un misterioso objeto a San Bernardo el viejo y llevárselo al astrólogo Ben Samuel, que está en Benavente. Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, oculta la muerte del rey durante un tiempo y prepara una alianza con don Fadrique. Cuando la noticia sale a la luz, Enrique III, que todavía es un niño, es proclamado rey, y Pedro Tenorio y don Fadrique están entre los gobernadores elegidos para su minoría de edad (al no disponer del testamento del rey Juan), formando parte de un grupo opuesto al de García Manrique, arzobispo de Santiago. Don Fadrique intenta ganarse la voluntad de la reina Catalina, a la que ama, pero esta lo rechaza y, llena de temor, pide ayuda a Rodrigo López de Ayala, Alférez Mayor, prometido a Elvira Manrique, una de sus damas; este, al investigar, descubre dónde está el testamento de Juan I, el misterioso objeto entregado a Ben Samuel, a quien se lo arrebató en Benavente, dejando por azar su banda. La lucha comienza en Castilla, pues las disensiones de los gobernadores prosiguen tras la presentación del testamento, y en ellas media Leonor, reina de Navarra y tía del rey. Las negociaciones llevan al convenio de Perales, que respeta el testamento, pero añadiendo como gobernadores al duque de Benavente, el conde de Trastámara y el maestre de Santiago.

El libro II lo forman veintiséis capítulos, y comienza con un torneo en honor a la reina Catalina, organizado por don Fadrique, que resulta vencedor, al igual que Rodrigo López de Ayala. Don Fadrique corteja a Elvira con la intención de vengarse de Rodrigo, y esta se muestra fría con su prometido. Elvira consulta a Ben Samuel sobre su futuro y, aunque desengañada de las intenciones del duque, se produce una situación equívoca en la que Rodrigo cree verla con don Fadrique. Rodrigo habla con don Alfonso Manrique, padre de Elvira, para romper el compromiso, pero este se niega, y se enfrentan en un duelo, en el que muere don Alfonso. Elvira decide profesar en el monasterio de Las Huelgas. El convenio de Perales no es firmado, pues el arzobispo de Santiago quiere añadir al conde de Gijón entre los tutores, a lo cual se niega el de Toledo, con lo que comienzan nuevas violencias. Rodrigo reta a don Fadrique, el cual envía a Lovete y Castillo para matarle, pero matan a Día Sánchez de Rojas por error. Al pedir asilo al duque los sayones, todas las pruebas apuntan hacia él como culpable del crimen, y Rodrigo pide justicia al rey. Elvira muere ante Rodrigo el día de su entrada en el monasterio. Comienzan nuevos disturbios, y finalmente se decide respetar en su totalidad el testamento. Tras despedirse de la reina, don Fadrique parte, furioso y abatido, dispuesto a sublevarse. Para terminar, se narran

www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=1075. El primer número romano entre paréntesis es el libro y el segundo es el capítulo. La ortografía se ha actualizado.

⁴LÓPEZ DE AYALA, P.: *Crónicas*. Planeta. Barcelona, 1991, p. 748.

tilla o *El caballero del cisne*, de Ramón López Soler, ya ambientada en época de Juan II, mostrará una historia muy similar a la del *Ivanhoe* de Scott, en la que dos enamorados, tras aventuras que incluyen raptos, apresamientos y batallas, que dan ocasión a escenas típicamente románticas, logran hacer realidad su sueño.

En las novelas que siguen el modelo de Scott, personajes históricos conocidos y conflictos sociales y políticos se perfilan, cobrando vida, al ser proyectados sobre el presente. Sus obras se centran en procesos históricos cambiantes, transformaciones sociales, encrucijadas de la historia. Esto último lo encontramos en la novela de Arróniz, aunque falta análisis crítico sobre causas y efectos en la vida social. *El testamento de don Juan I* está dentro de las fronteras del género establecidas por Scott en *Waverley*: fidelidad a la naturaleza y (en cierta medida) a la historia, falta de los elementos fantásticos de la ficción gótica y de la orientación moralizante de las novelas del XVIII, así como el entrelazamiento de las motivaciones humanas con las situaciones históricas. Esta obra, sin embargo, está más centrada en las individualidades de los personajes que en las gestas colectivas. Asimismo, el periodo en el que se publicó es posterior a la década de los 30, en la que muchos imitadores de Scott exploran acontecimientos medievales a modo de anticuarios. En nuestra novela, como en *Quintin Durward* o en *Ivanhoe*, hay un cruce de pasiones particulares e intereses más altos; intriga amorosa e intriga política se superponen. ¿Cuál prevalecerá? Otro aspecto que es necesario observar en la obra es la construcción de los tipos humanos basados en personas reales: ¿importa más la «verdad ideal» (en palabras de Vigny²) o la exactitud histórica? También es de especial interés observar si don Fadrique, quien, en términos globales, es el protagonista, cumple una característica esencial del héroe romántico: tender tanto a la virtud como al vicio. ¿O se inclina más bien por uno de los extremos? En la búsqueda de la reconstrucción del pasado, los novelistas utilizan como argumento tanto hechos auténticos como leyendas y tradiciones sin base en la realidad. La obra de Arróniz tiene, en este aspecto, aportaciones diversas. Como en muchas novelas históricas románticas, el paisaje varía en función del estado de ánimo del protagonista. En la novela histórica española de época romántica, aunque a veces extrae personajes de la historia, son alterados por el autor hasta el punto de hacerlos más fantásticos que reales, siempre con un tratamiento maniqueo un y una rígida separación de buenos y malos ¿Estará presente este tipo de visión en la figura de Fadrique?

2. HISTORIA Y FICCIÓN

Los sucesos que se desarrollan en la novela transcurren entre la muerte de Juan I y la decisión de guardar todos los términos de su testamento, que supuso la partida de Castilla de don Fadrique, acontecimientos que suceden en los dos primeros años del reinado de Enrique III (que comienza en 1390). La autora insiste en que ha intentado ser fiel a la historia, tanto en el comienzo, donde confiesa que su fuente es una «vieja y carcomida crónica» (I, II)³, como al final, donde, además de una nueva *captatio benevolentiae*, comenta los

² Apud VV. AA. *Historia Universal de la Literatura. Del Clasicismo al Romanticismo*. Argos Vergara. Barcelona, 1987, p. 222.

³ Todas las citas de la novela que se incluyen en este trabajo proceden de: ARNORIZ Y BOSCH, T.: *El testamento de Don Juan I*. Edición digital basada en la de Madrid, Establecimiento Tipográfico militar, 1855. <http://>

Los mismos hechos, sin diferir de la versión ofrecida por Pero López de Ayala, aparecen en el capítulo II («De algunos hechos notables de D. Fadrique Duque de Benavente») del libro Cuarto («De la antigüedad del ducado de Benavente, de los sucesos de su duque, y del principio del condado») de la *Historia de la nobilísima villa de Benavente* de José Ledo del Pozo⁶, ocupando menos de tres páginas. La breve *Historia completa de Benavente desde su fundación hasta 1903*, de Pedro Sánchez Lago es, a su vez, síntesis de la de Ledo del Pozo en estos aspectos, y el periodo contado en la novela aparece en el capítulo «Don Fadrique de Benavente. Hechos notables», del que ocupa menos de tres páginas en pequeño formato⁷. Un resumen más extenso de los hechos, que de nuevo sigue a López de Ayala como fuente principal, aparece en la introducción de Ignacio Berdum de Espinosa a los *Derechos de los Condes de Benavente a la grandeza de primera clase*⁸, con una atención especial a las alianzas matrimoniales en las que se vio implicado don Fadrique (que no aparecen en la novela).

A modo de conclusión parcial, sobre el tema de la relación entre historia y ficción en *El testamento de don Juan I*, se ve una coincidencia básica con los aspectos generales de la trama. Sin embargo, divergen en gran parte de los acontecimientos y sentimientos de los personajes que mueven la acción, notablemente en el modo en que el testamento es hallado, el astrólogo Ben Samuel, el personaje de Rodrigo López de Ayala y las tramas amorosas que conciernen a este, su prometida Elvira, el duque y la reina Catalina.

3. FADRIQUE, DUQUE DE BENAVENTE

La omnisciencia autorial desde la cual está modalizada la narración se aplica también a la construcción de personaje del duque. Aparte de la voz narrativa y de sus propias acciones, los personajes son descritos por otros, tanto de modo directo como indirecto. La narración-descripción suele caracterizar a cada personaje en una de sus primeras apariciones, especialmente cuando empieza a ser relevante en la acción.

En las obras historiográficas citadas, excepto en las *Crónicas* de Ayala (de tono más aséptico), el duque aparece retratado de un modo positivo hasta la muerte de Juan I. Se tratan extensamente temas como el sitio de Benavente por la tropa de Portugal y el duque de Lancaster, así como las políticas matrimoniales de Enrique II y Juan I, asuntos en los que don Fadrique está implicado, no faltando incluso elogios a su valor y lealtad. Sin embargo, la muerte de Juan I parece marcar un cambio de carácter en el duque, según Ledo del Pozo:

«El poco tiempo del Rey fue causa de varias alteraciones en el reino, cuya principal suerte fue D. Fadrique, quien cuanto tuvo de fiel y leal con el difunto Rey su hermano, tanto como tuvo de rebelde y desobediente en poder de su sobrino»⁹.

Siguiendo de cerca estas opiniones, el libro de Sánchez Lago dice, con palabras muy parecidas:

«Sucediéndole [a Juan I] en el trono su hijo Don Enrique III, llamado por su debilidad el Doliente, el cual pasó al poco tiempo á besar la mano del Duque de Benavente, que tanto tuvo de leal y defensor de su hermano, como tuvo de rebelde y sobervio para su sobrino»¹⁰.

La narración establece temprano el aspecto físico del personaje, antes incluso de pre-

⁹ LEDO DEL POZO, J.: *Op. cit.*, p. 232.

¹⁰ SÁNCHEZ LAGO, P.: *Historia completa de Benavente desde su fundación hasta 1903*. C. E. B. «Ledo del

con brevedad hechos posteriores: se adelanta la mayoría de edad del rey y Rodrigo, tras cumplir como Alférez Mayor, toma el hábito de San Juan de Jerusalén.

La versión de los acontecimientos que ofrecen las *Crónicas* de Pero López de Ayala difiere en bastantes detalles, en general los más novelescos. Como ya he comentado, el relato primario se refiere a un periodo de una amplitud real de unos dos años, con analepsis que explican antecedentes de los personajes y una aceleración del ritmo en el último capítulo, para dar a conocer el destino de algunos de los personajes principales. Según Pero López de Ayala, el testamento aparece simplemente con un registro minucioso en las habitaciones del rey. Los que lo hallan no consideran que refleje la voluntad del rey y casi deciden quemarlo, aunque finalmente lo dejan sobre la cama. Es Pedro Tenorio el principal defensor de que se conserve, por contener unas mandas para la iglesia de Toledo. Todo esto transcurre en Madrid. La exigencia de don Fadrique de que Juan Sánchez de Sevilla sea nombrado contador mayor de las rentas reales, cuyo rechazo desencadena la partida del duque a Benavente y las luchas posteriores, aparece plasmada de un modo similar, aunque el papel del duque en los enfrentamientos que siguen no es tan importante en la crónica de Ayala. La mediación de la reina de Navarra y los sucesos que llevan al convenio de Perales son relatados de un modo similar. La no conformidad del duque con el testamento, y su pacto con el arzobispo de Toledo, son patentes en palabras como estas:

«E por tanto aquel día que el arzobispo de Santiago preguntó al arzobispo de Toledo, si le placía de estar por el testamento del rey don Juan, por esta razón que dicha es el arzobispo de Toledo no le respondió a ello, pues se sabía que no le placía al duque que el regno se rigiese por el testamento, e esperaba el arzobispo que adelante se podría traer este fecho a buena concordia»⁴.

Uno de los rehenes que se entregan en las vistas que tienen lugar en Perales, según la crónica, es un hijo de Pero López de Ayala cuyo nombre no se menciona. Existe una curiosa correspondencia entre el fin del año primero del reinado reflejado en la *Crónica* y el final del Libro I de la novela, tras el cual hay una elipsis de duración indeterminada.

El libro II, basado en una serie encadenada de venganzas, parece más ficticio que real. Cuando llegamos a la muerte de Día Sánchez de Rojas, el hecho precipita la caída de don Fadrique. Al igual que en la novela, lo matan dos hombres que luego acoge el duque, quien es presentado en la crónica como sospechoso; esto lleva al fin del convenio sobre el regimiento:

«E todo esto fue por quanto sospechaban que dicho Día Sánchez de Rojas fue muerto por mandamiento de algunos de los grandes que allí eran; especialmente sospechaban en el duque de Benavente, por quanto aquellos que mataron al dicho Día Sánchez vivían con él al tiempo que dicho caballero era muerto»⁵.

En total, apenas se desarrollan dos años de acción. Dos personajes fundamentales de la novela (Rodrigo López de Ayala, el héroe positivo, y Elvira Manrique, su amada) no aparecen en la *Crónica* de Ayala, aunque se dice en la novela que Rodrigo es hijo del cronista.

⁴ LÓPEZ DE AYALA, P.: *Op. cit.*, p. 759.

⁶ LEDO DEL POZO, J.: *Historia de la nobilísima villa de Benavente*. C. E. B. «Ledo del Pozo». Benavente, 2000, pp. 232-234.

⁷ SÁNCHEZ LAGO, P.: *Historia completa de Benavente desde su fundación hasta 1903*. C. E. B. «Ledo del Pozo». Benavente, 2003, pp. 72-74.

⁸ BERDUM DE ESPINOSA, I.: *Derechos de los Condes de Benavente a la grandeza de primera clase*. E y P Libros Antiguos. Madrid, 1997, pp. V-VII.

Actúa “altaneramente” (I, III), o tiene una “altanera frente” (I, II); “con audaz altanería” (I, VIII); “cuya frente estaba más altanera que de ordinario” (I, IX); o “presuntuosamente” (I, IX); incluso ante el arzobispo de Toledo “hacía alarde de una altanera arrogancia tan retadora como amenazante” (I, XV) en más de una ocasión.

Lo caracteriza una habilidad para ocultar las emociones, incluso para no sentir las: “clavó sus ojos llenos de fuego en los azules, cristalizados y fijos de D. Juan, contemplándole con una atención profunda, pero sin emoción, sin dolor” (I, II); aunque otras veces “los ojos de D. Fadrique despidieron tan ardientes y dominadores rayos como si encerrara el cetro de oro de Castilla y teniéndolo le empuñara” (I, IV), o “sus ojos irradiaban luz, su frente se elevaba osada y arrogante” (I, IX). O bien responde “sin perder su prevención ni su laconismo”. Su tono de voz también es analizado constantemente: habla “con tibieza”, “con intención”, “satisfecho” o “sin desconfianza” (I, III), o tiene “acento imperioso y terminante” (I, VI) o “de impaciencia”, “con sarcasmo”, “con negligencia”; a los saludos responde “contestando altiva, afable o desdeñosamente según los blasones, la influencia o la adhesión de cada uno de los que allí estaban y conocía”; “con un brusco arranque” (I, IX), “con amargura” (I, XV).

La indumentaria y el arreglo personal también son reveladores. Así se prepara para visitar a su hermana Leonor: “Y dando su capa a un paje, su gorro a otro, estiró por sí mismo su descompuesta ropilla, alisó los negros rizos de su deshecha melena, y satisfecho de su compostura [...]”. Su tono y gestos son muy diferentes cuando está con ella: “saludo tan respetuoso como galante”, “alegre y respetuoso”, “insinuante y afectuosa expresión”. Con su hermana se expresa “con calor”, aunque también manifiesta sentimientos negativos: “Una nube pasó por la frente de D. Fadrique; sus cejas se fruncieron y abandonando la mano de la Reina, [...] vivamente contrariado”; “el semblante tan animado del Duque, se tornó densamente sombrío”. De esta entrevista sale “pensativo, satisfecho” y “con una confianza audaz” (I, X). Presentado como calculador, Fadrique también es víctima de “agitadas pasiones”, “su frenética rabia” y “una impresión indefinible y violenta”. Tras el rechazo de la reina Catalina, la presencia del duque es una expresión de su poder: “Brillante séquito le seguía, y su arrogante y hermosa presencia ostentaba todo el esplendor de un rey. Sólo que su frente tan altanera y audaz, tenía bajo su impasibilidad aparente una tristeza sombría” (I, XIII). En otras ocasiones, como por ejemplo en esta, su indumentaria, además de lo anterior, anuncia un desafío permanente a sus enemigos:

“Armado de punta en blanco, lucía un coselete de escamas tan finas como lucientes. un penacho de plumas se desprendía del pico del águila de su cimera, ondeando graciosamente mecida por el viento de la tarde; y como llevara alzada la visera, mostraba en el semblante y actitud tan hostil y amenazadora arrogancia”.

Sigue en esta tónica su reacción a la lectura del testamento: “escuchó su contenido con una arrogancia verdaderamente amenazadora” (I, XV). La expresión de su furia es hiperbólica cuando averigua lo ocurrido con este: “La cólera del Duque se había convertido en una exaltación frenética”; “su cólera destructora como el huracán” (I, XVI). Sus altos y bajos en las expresiones anímicas relacionadas con el descubrimiento de la banda de Rodrigo López y su promesa de venganza son reveladores: “Con los ojos fijos tenazmente en la empresa que representaba la banda, y la sonrisa en los labios, el duque de Benavente estaba tan descompuesto que imponía”; “calma sardónica”; “con el imperioso acento del

sentarlo con su nombre: «Tendría el uno como treinta años, alta estatura, talle elegante, tez fina y pálida, negro bigote, una fisonomía tan bella como varonil y una frente tan altanera que parecía ceñir una diadema» (I, II). Tras esta ventajosa descripción física y algunas acciones que van estableciendo el carácter del personaje, habrá que esperar al capítulo V para conocer la posición del duque:

«El duque de Benavente, hermano del difunto D. Juan I, era el más poderoso en vasallos y riquezas entre los egregios magnates de la corte castellana; porque D. Fadrique había sido el más querido de los bastardos de Enrique II, y ya que no la legitimidad le dio cuanto un rey puede dar a un hijo» (I, V).

Tres capítulos más tarde, la narración establece su modo de actuar en el gobierno:

«Altanero D. Fadrique de Castilla y dominante en sumo grado, abusaba a menudo en pro de sus amigos y en mengua de sus rivales, de las facultades que le habían concedido las cortes de Madrid, como gobernador del reino y tutor del rey y el infante sus sobrinos» (I, VIII).

Algunas veces, Fadrique es presentado ocultando sus emociones. Sirva como ejemplo su actitud cuando llega la embajada de Mosén Guereau de Queralt:

«En cuanto a los demás, impenetrable con su hermana, reservado y severo con los gobernadores, cortés con las damas, de todos era observado sin que ninguno pudiese penetrar lo que ocupaba aquel cuidadosamente oculto» (I, III).

El Libro II presenta pronto el status de don Fadrique como «poderoso magnate que pretendía ser el primero en Castilla». ¿Su imagen? En el torneo los «castillos y leones brisados» (II, I) lo representan. Los sentimientos de los personajes determinan la trama en este libro, y clara muestra son estas palabras, en las que la ambición y el amor que dominan a don Fadrique son expresados por la narración:

“Iba solo y sin séquito ninguno el poderoso duque de Benavente, andando a largos pasos, asaz melancólico y pensativo el rostro, en el que hubiera podido leerse, si la noche no fuera tan oscura, y hubiese quien lo observara, el despecho y una anhelosa inquietud.

Y aquí será bien dejar apuntado que entre las emociones de su venganza, las turbulencias de su ambición, y los infinitos cuidados que lo cercaban, vivía su amor a Catalina de Lancaster, amor que lo dominaba y que ya no podía como en otro tiempo contener.” (II, XIX).

3.1. EVOLUCIÓN DE LA CARACTERIZACIÓN DEL DUQUE POR LA VOZ NARRATIVA

Libro I

Son corrientes acotaciones, que mezclan lo físico-gestual y lo psicológico, acompañando a las palabras de los personajes, y una serie de adjetivos recurrentes referidos al duque. Los gestos revelan, en la interpretación de la narración, los sentimientos íntimos del personaje: “una sonrisa fina y burlona”; “su altivo semblante un sentimiento amargo y profundo concentrado en lo más íntimo de su corazón”; “pero mientras que D. Fadrique se sonreía, esto diciendo, su mano estrujó despiadadamente la tierna yerba que a su alcance estaba, lo cual notado por su interlocutor, bastó para que comprendiera no estaban de acuerdo su lengua y su corazón”; “meditabundo, acaso más que afectado”; “su frente sombría y su rostro contraído y pálido”; aunque también “con un afectuoso ademán” (I,II).

zadores reflejos» y «con terrible energía» (II, V), para mostrar finalmente «el gozo de una venganza satisfecha» y «la sonrisa y la expresión del que está altamente satisfecho de sí mismo» (I, VI). Ejemplos de lo mismo aparecerán sucesivamente: «con airado semblante», «con iracundo acento», «ardiendo en cólera» (I, XIX); «con insultante altanería», «un grito ronco, semejante al rugido de un tigre», «crispada mano», «mirada feroz», «tan siniestra era la expresión de su rostro, tan pálida su tez, tan chispeante su mirada», «con acento breve, indicio en él nunca desmentido de violentas y desordenadas impresiones», «se paseaba por la estancia con desesperados pasos, la frente plegada y sombría, la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el pecho que fuertemente oprimían», «con una concentración terrible» (II, XIX). En este punto, la novela se ha convertido en una violenta competición entre el duque y Rodrigo López de Ayala, que es quien provoca todas estas impresiones negativas, y quien lo oye secretamente en su «presuntuoso y soberbio monólogo», pocas páginas después (II, XX). En su último enfrentamiento, en San Pablo, cuando se decide guardar íntegramente el testamento de Juan I, el personaje sigue fiel a cada uno de los rasgos de carácter que se han perfilado para él: «su altanera mirada», «sintió una impresión semejante a la que debió experimentar Atlas a la vista de la fatal cabeza de Medusa mostrada por Perseo, quedando mudo y petrificado faltándole voz y acción»; «devoraba el tormento más atroz que es dado sufrir a un ánimo altanero: ¡la humillación!»; «con sardónica sonrisa»; «sus ojos destelladores»; «su chispeante mirada»; «cortantes sarcasmos»; «con soberbia altanería»; «saludando ligeramente»; «se estremeció».... El proceso de sus emociones aparece descrito del modo conocido, desde la seguridad con la que entra hasta la humillación a la que se le hace descender. La narración sintetiza el cúmulo de sensaciones negativas del personaje en los dos párrafos que marcan su salida de San Pablo, ya cierta su derrota:

«Abrumado D. Fadrique por la muerte de Dña Sánchez; por la amarga decepción que había sufrido, y la pérdida de un poder que era su ambición, su satisfecho deseo, pero inmensamente más con la generosa conducta de Rodrigo, comprendió al oír su voz que su fuerza cedía a tan violentas emociones [...]

No hay, o no encontramos una frase que signifique lo que el Duque sentía conforme iba hablando Rodrigo, mezcla amarguísima de sensaciones crueles y vivas entre las que sobresalía una más punzante de mortificadora humillación, comparando odio con odio y venganza con venganza».

A pesar de lo cual, su fuerte personalidad lo hace sobreponerse en parte, transcurridos unos instantes, aunque sólo sea de cara al exterior: «Primero se sonrió Don Fadrique con desdén predominando su arrogancia que le impulsaba a despreciar, sobreponiéndose luego [...] su altanera frente se anubló, su fisonomía se contrajo». El punto más bajo lo marcan los momentos siguientes a su retorno de San Pablo; en la intimidad de sus habitaciones no hay personas a quienes ocultar sus sentimientos, que, sin embargo, siguen expresándose con gestos silenciosos:

«Paseábase por su cámara con los brazos cruzados y la cabeza baja, entregado a pensamientos que en su tumultuoso giro o lo hacían enrojecer de ira, o estremecer de rabia, o inquieto morder sus labios, o suspirar ofuscado.

Pasó algún tiempo de aquel modo; todo en derredor suyo estaba en movimiento; estábanlo más que nada su sangre y su imaginación; estábanlo sus pasiones todas exacerbadas a la vez, sólo era igual y lento su paseo en el que no cesaba un punto».

A pesar de lo cual, en sus encuentros posteriores con otros personajes vuelve a aparecer

señor y la ruda energía del guerrero» (I, XVII). La proximidad del enfrentamiento en la batalla le hace perder el sueño en el capítulo final del libro I: «en verdad no había cerrado los ojos en toda la noche entregado a sus diversos pensamientos» (I, XXIII).

Libro II

En el libro II, aunque también aparece, es menos abundante este tipo de caracterización. Las dotes del duque para el disimulo aparecen en su grado máximo en los gestos y palabras que utiliza para seducir a Elvira, con objeto de vengarse de Rodrigo. Es «importuno»; le habla «en voz baja pero impregnada de amor y de despecho»; la envuelve «en la luz que despidieron sus inflamadas pupilas»; luego le habla incluso en tono «más exigente, más apasionado de antes». No es hasta el final del capítulo I cuando, mientras «se paseaba agitado y pensativo por sus aposentos» (II, I), se nos revelan las verdaderas razones por las que seduce a Elvira, empleando para ello una mirada al objeto que simboliza a su oponente: la banda de Rodrigo. Esta aplicación de la omnisciencia selectiva por parte de la autora, ocultando alguna información al lector, ya ha sido hecha en el libro I con la misteriosa cajita del testamento, aunque aquí pierde eficacia, por el conocimiento de la naturaleza del personaje que ya tiene el lector y la temprana revelación de la verdad.

El capítulo II se consagra a la celebración del torneo, que vuelve a llevar a destacar el atractivo físico del duque («En aquel instante estaba el Duque ligeramente encarnado, lo que hacía resaltar el brillo de su mirada, embelleciendo de un modo admirable su varonil fisonomía»), y sus crecientes gestos soberbios e iracundos, sobre todo respecto a Rodrigo López de Ayala; primero «ocultando su ira y sonrojo entre las caladas barras del yelmo»; luego asestándole «una de sus más altaneras miradas» y contestándole «con una sardónica sonrisa» y «con arrogancia amenazadora», «roto el dique de su cólera y resentimiento» al final de su encuentro. Todo ello sin perder su «exquisita galantería» en la organización del torneo, que acaba en una suerte de empate técnico con su enemigo. Significativa es la descripción de su aspecto en la liza:

«En aquel instante aquella mirada reveló un loco engreimiento de sí mismo, las pasiones satisfechas, el corazón rebosando vida y felicidad.

Y fue tal su arrogancia, y tan manifiesto el convencimiento de su poder, que inducía a suponer estaba dispuesto a tocar las nubes con su altanera frente.

Llevaba un coselete de bruñido acero con relieves y filetes dorados; cubría la coraza una dalmática de brocado verde salpicada de capullos de rosa bordados de oro; el yelmo con follajes dorados de un trabajo de extremada delicadeza, sujetaba en su cimera un penacho de blancas y finísimas plumas que bajaban ondulando hasta sus hombros; montaba un caballo de raza color de perla, y la rica mantilla que lo cubría estaba bordada de oro, y engastado en el mismo metal el pretal y las armas.

La divisa de su escudo era un mar embravecido de plata y azul, y entre nubes sombreadas de sable salía una mano de encarnación extendiéndose sobre las agitadas ondas con este mote: «Su influjo lo calma.» (II, II)

Por lo demás, el espectro negativo de las pasiones que agitan al duque se va exteriorizando más y más en los capítulos que siguen. Su presencia en la torre de Ben Samuel aparece anunciada por su voz «más robusta y sonora, con acento iracundo y amenazador», luego modulada «gravemente» y «con desprecio», «destellando sus ojos sombríos amena-

-Si tuviera padre y rompierais hoy con él, por deber me separaría de vos; pero no teniéndole, ni mi familia, ni la corte, ni mis amores, ni los peligros, ni los azares me retraerán de seguirs. Parto con vos, señor Duque, y vuestro porvenir sea el mío.

-Gracias, Gonzalo, por esa decisión; sois un afecto con quien he contado siempre, y del que probablemente abusaré porque tengo esa fatalidad» (II, XXIV).

Abad de San Bernardo

La única ocasión en la que este personaje expresa una apreciación sobre don Fadrique lo califica de «poderoso Duque» (I, IV), como un eco de las palabras de Gonzalo.

Don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo

La visión que este aliado fundamental aúna la conciencia de sus defectos y la de las ventajas de su amistad. Así lo expresan estas tempranas palabras a través de la voz narrativa:

«Conocía el arzobispo D. Pedro, y sobradamente por cierto, su versatilidad, su egoísta personalismo, su condición iracunda y violenta; pero conocía también que aliándose con él se alzarían, como se alzaron en pro de su bandera, las primeras y más poderosas familias de Castilla y León» (I, V).

La naturaleza de esta asociación, basada exclusivamente en el interés, sale a relucir en los múltiples gestos de desconfianza y enfrentamiento que se producen entre ambos: «El Duque lanzó al Prelado una ávida mirada que pareció querer devorar su pensamiento»; «-Duque, esa es mucha jactancia ¡oh! dijo el arzobispo con intención»;

«Y el Primado alargó la suya [su mano] al Duque que la retuvo un instante en silencio y conmovido. Durante aquel brevísimo espacio, la frente de D. Fadrique erguida con indecible atrevimiento, se inclinó con el peso de una idea. Su mirada que irradiaba vivísima luz se oscureció, y soltando una mano del Arzobispo le dijo pasando repentinamente a la desconfianza y a la duda...».

El arzobispo de Toledo ve en don Fadrique la tendencia a ocultar sus verdaderas intenciones:

«Pedro Tenorio miró a su aliado un breve instante como si quisiera sondear el corazón que agitaba con tal fuerza su pensamiento repentino, como si tratara de medir la fuerza de las pasiones que en él residían, fijando el límite donde habían de conducirlo» (I, IX).

La comunicación no verbal es abundante: «Una mirada fue la contestación del Duque y con ella reveló lo que su orgullo no hubiera podido confesar; que aceptaba la promesa» (I, XV). Cuando ha de defender a su aliado ante los demás (en este caso la reina Catalina), no escatima los elogios:

«Lo que lleva a D. Fadrique a sus estados, no son rencillas que sabe dominar, ni ambiciones que satisfacer, ni cólera que desfogar; lo que lleva es el imperioso cumplimiento de un deber sagrado para todo castellano noble y leal, haciendo todo cuanto es humanamente posible para salvar esta pobre nave que naufraga» (I, XVI).

Pero también sabe cuándo debe abandonarlo y dejar de ser asociado a él en los momentos que siguen a la muerte de Día Sánchez de Rojas:

«El atentado de D. Fadrique era privativamente suyo sin que afectara lo más mínimo a la honra, ni el poder, ni el influjo del Primado cualquiera que sus consecuencias fuesen, ni cubría sombra alguna su frente venerable, ni era turbado su espíritu con temor de ninguna especie» (II, XXIII).

«sonriéndose sardónicamente» (II, XXIV), «exaltado y audaz», «con melancólica y altanera sonrisa» (II, XXV). Distintas serán sus reacciones en el último encuentro con la reina. Sus esperanzas respecto a ella se desvanecen y, al salir del alcázar, es por ser de noche por lo que «no tenía [...] la necesidad de ocultar con la máscara del disimulo sus sensaciones, así fue que su fisonomía contraída dejaba conocer la tempestad de su alma». Así es como «resentimiento y venganza» serán las fuerzas que lo muevan a partir de entonces; a pesar de los intentos apaciguadores de su hermana Leonor, es ante ella ante quien finalmente expresa todo lo que siente y hasta dónde está dispuesto a llegar: «con una brevedad seca y amarga»; «soltó el Duque una carcajada nerviosa [...] amarga hilaridad»; «sardónica aspereza»; «amarga y violenta expansión»; «sombrió»; «rostro impresionado y pálido»; «con dignidad y altivez» (II, XXV)...

Así pues, desde el primer hasta el último diálogo en que se ve envuelto, la descripción del carácter y las actitudes del duque muestra una constancia de rasgos. La narración no se priva de calificar sus gestos, su tono de voz y sus intenciones a cada paso, siendo el personaje de la novela más ricamente construido de este modo. La recurrencia de términos como «altanero», «ambicioso», «sardónico» y «altivo» es más que significativa. Otra característica importante y repetida en la construcción de don Fadrique es la ocultación de sus verdaderas emociones al resto de los personajes (nunca al lector), sobre la que se teje gran parte de la trama, y que convierte en sus víctimas a quienes creen en él. Finalmente, el duque es retratado como víctima a su vez de sus propias pasiones, dejando el argumento en un punto en el que está pagando por sus crímenes, pero persiste en su lucha: su carácter activo crea la dinámica de la obra y es la fuerza principal que impulsa la trama, aunque él también será destruido por este rasgo.

3.2. VISIÓN DEL DUQUE A TRAVÉS DE LOS DEMÁS PERSONAJES. RELACIONES CON ALIADOS Y ENEMIGOS

Gonzalo de Figueroa

Este joven se caracteriza por su lealtad inquebrantable al duque, que nunca deja de tener su admiración y respeto. Está junto a él en su primera aparición en la novela; es lo más parecido a un confidente que tiene don Fadrique. Así analiza, en ese primer diálogo, el modo de ser de su interlocutor: «-Cualquiera que os oyese y viera en este instante, creería que [el amor] es tormento que habéis probado, a juzgar por la triste expresión con que habláis de él; vos para quien los amores son de oro» (I, II). Demuestra conocer el carácter del duque en unos momentos en que apenas acaba de aparecer ante el lector. Como «poderoso» lo califica ante el abad de San Bernardo cuando va a pedirle la caja que contiene el testamento. Varios capítulos después, la narración establece una vez más el concepto que Gonzalo tiene del duque: «el hombre que le fascinaba por la grandeza de sus pensamientos, la arrogancia de su carácter, y la fuerte e indómita condición de sus ardientes pasiones» (II, XVII). Cuando las circunstancias se vuelven definitivamente adversas para Fadrique, este, consciente de la firme fidelidad de Gonzalo, le ofrecerá desvincularse de él, pero Gonzalo le promete seguirle:

«-[...]No os quiero asociar a mi destino cuando presenta peligros, no os quiero separar de vuestra familia, de la corte, de vuestros amores, quedaos si queréis con el Maestre, os aviso y no os obligo, pensad lo que mejor os esté, y decídmelo con franqueza.

profunda tristeza de su hermano, aunque su rostro tenga la expresión habitual en él:

«Acostumbrada Doña Leonor a ver en el Duque los ímpetus de la altivez, de la ambición, de la ira, de la venganza, pasiones predominantes de su alma, y a las que por desgracia se entregaba en demasía, no había imaginado siquiera pudiera dar cabida a un sentimiento tan profundo y amargo como el que lo oprimía. Habíase desprendido de sus brazos y miraba con asombro aquel semblante que revelaba un pesar agudo y desesperado a través de la altanera expresión que pronunciadamente lo caracterizaba» (II, XXV).

Catalina de Lancaster, reina de Castilla

Se trata de la nieta de Pedro I y la mujer de Enrique III, pero también es la mujer a la que ama el Fadrique literario y uno de los motivos principales de sus actos. El primer encuentro de ambos en la novela ya muestra sentimientos por parte de ella, pues, al visitarla, se dice que su corazón «latió al nombre del anunciado». Es la primera vez que hablan a solas, y la emoción es patente. La reina se impresiona profundamente:

«Extendió D. Fadrique con marcada avidez una mirada en derredor, y una sensación de gozo dilató su corazón al asegurarse que estaba la Reina sola. Era la primer vez que sucedía.

El duque de Benavente se adelantó en silencio, primero por respeto, y además porque en aquel instante las ideas se agolpaban atropelladamente a su cerebro, y las palabras huían de sus labios en fuerza de su emoción [...].

Nunca había parecido tan bella a los ojos de D. Fadrique, como en el instante que, incitado por la ambición, iba a solicitar de la Reina el poder, y de la mujer el amor. Nunca tampoco se había sentido tan conmovido y febril, como al mirarla incorporarse en su asiento para recibirle preludiando una sonrisa.

Por su parte, la Reina que había oído horas antes al arzobispo de Santiago acusar con su enérgica destemplanza al Duque como infractor de la inviolabilidad del concejo y atentador a la libertad del Rey, se asombraba de su mirada radiante, de su frente plácida, de aquella agitación fuertemente comprimida, incomprensible para su inocencia pero magnética para su naturaleza».

A partir de este primer contacto Fadrique conversa mirándola «tan fija, tan apasionadamente», que la sonroja, y ella lucha «en vano por sobreponerse», de modo que él «hubo de perder la cabeza y no oír más que a su palpitante corazón», «visiblemente afectado». Por fin «Doña Catalina comprendió de repente los sentimientos que violentamente agitaban el [corazón] del Duque». Con su reacción, el atrevimiento de este aumenta y su diálogo prosigue «cada vez más audaz y más febril», «de rodillas», «con exigente y cortado acento» y «devorando con su mirada a la Reina». A continuación se produce el gesto de aproximación física más intenso que habrá entre ambos en todo el libro, seguido del rechazo de ella: «Y acometido de un vértigo puso sus labios ardientes en los rubios y perfumados cabellos de la reina». Ella le ordena salir, y él lo hace «confundido, humillado» y «devorado de un violento despecho y de un amargo pesar». Catalina se queda acongojada, creyendo haberse ganado «un enemigo terrible» (I, XI). La evocación de esta escena domina las mentes de ambos personajes durante la noche. Con todas sus diferencias, tienen en común el temor por el próximo encuentro:

«Fácil es de concebir lo que había sufrido el duque de Benavente durante aquellas largas horas de insomnio, si se reflexiona que a pesar de la veleidad natural de su carácter, había concentrado en la reina Doña Catalina un amor profundo silencioso que tuvo toda

Finalmente, Fadrique rompe la relación, ante la falta de apoyo del arzobispo: «no encontrando su mirada una ligera demostración que le probara ser comprendida, dio por disuelto el lazo que lo unía con él, y se volvió fieramente contra todos» (II, XXIV).

Don García, Maestre de Calatrava

En el bando contrario, y como enemigo destacado, el Maestre califica a Fadrique de «encumbrado bastardo» (I, VI). La insistencia en la bastardía es un rasgo común entre todos los enemigos del duque. Este rasgo se da en muchos héroes de la novela histórica, como ocurre con el Henry Esmond de Thackeray, en una de las obras fundamentales del género, por la fusión entre biografía e historia, abandonando anteriores tendencias a idealizar el pasado.

Doña Leonor, reina de Navarra

Tía del rey y hermana de Fadrique, es presentada desde el principio como amiga y (a veces) aliada de este:

«Hay que advertir, trataba Doña Leonor a su hermano D. Fadrique con fraternal intimidad, ya porque así conviniera a su interés, ya porque le amase realmente; y no la desazonaba mucho que el Duque desgarrase el manto real de su sobrino para apropiarse un jirón, siempre que tuviese en él un firme aliado que lo valiese como gobernador para prolongar su permanencia en Castilla».

Ella misma observa ciertos rasgos comunes en los caracteres de ambos: «En todo caso, hermano, será la seducción cualidad que hemos recibido en herencia, porque ambos la ejercemos por igual» (I, X). Es ella quien se ofrece a mediar en la primera rebelión de su hermano, quien la recibe «agradablemente sorprendido», le contesta «con ironía» e «inflexiblemente», «con amargo acento», «visiblemente afectado» y «procurando dominarse». Y sabe apelar a lo que para él es más importante, cuando llega la hora de negociar:

«-Lo que sois y seréis siempre, repuso la Reina con energía, es hijo del rey Enrique II, grande como el primero de Castilla, poderoso como el más alto de sus potentados. A vos debe cobijaros el manto de púrpura de Enrique III, al apoyar su débil mano en vuestro robusto brazo, y no la bandera de un arzobispo rebelde. Sois, y bien lo sabéis, el jefe de este ejército, y si no ved vuestra bandera la más alta, la más acatada de todas las que se despliegan por el viento que las agita; y me dirijo a vos, porque sois castellano, porque sois una rama de un árbol que sustenta Castilla con su sangre para que le dé lustre y gloria, porque no podréis oírme sin conmoveros, cuando yo, Leonor de Castilla, os diga con las manos juntas ¡¡Fadrique!! ¡hermano mío! que todo se transija» (I, XX).

Cuando llega el momento de interceder ante el rey, no duda en decir: «donde está el duque de Benavente, no puede haber traición ni deslealtad» (I, XXI). Al acudir Fadrique para despedirse de ella al abandonar Castilla, Leonor percibe lo que él siente: «mucha, muchísima amargura se encierra en vuestro corazón en este instante». Él desiste de mantener la fachada habitual, y expresa su desesperación ante su hermana, quien de nuevo le ofrece su apoyo: «aquí tenéis, pues, mi corazón y mi poder, ponédlo a prueba, hermano, y ya veréis que no os falta». Se narra cómo le abrió los brazos y «D. Fadrique la estrechó en los suyos con un movimiento convulsivo, apoyó la frente en la cabeza de su hermana y se escapó un sollozo de su pecho». Leonor es el último personaje de quien Fadrique se despidió antes de su partida final. Las palabras de la narración reflejan cómo percibe la

era ostensiblemente pagado» (II, XXIII). Fadrique no está al tanto de esto cuando acude a despedirse de ella. Aunque había llegado a asociarla a sus ambiciones políticas, al caer estas aún cree poder conservarla:

«Sin embargo, el duque de Benavente que había roto con Castilla no se había desprendido de su amor. Él hacía latir su corazón pensando en el día que iba a lucir separándole de la Reina, él iluminaba sus sombríos pensamientos, él derramaba una consoladora esperanza para el porvenir, él con sus ilusiones templaba la amargura de lo presente. Quería verla antes de partir, quería dejarle un recuerdo y llevarse una esperanza, quería como le dijera a Gonzalo conocer lo que le quedaba, y resuelto a profundizarlo aprovechando la ocasión que tan crítica y aparente se presentaba, ahora que Catalina de Lancaster se hallara sola con sus damas fue al alcázar, cuyas elevadas puertas pasó, la audacia y la altivez en la frente, la emoción y el sobresalto en el corazón».

Por ello, se dirigió a su cámara «osadamente» y «se adelantó conmovido [...] saludó con más ceremonia, con más expresión que acostumbraba». Pero ella está convencida de su «influjó funesto». Su contestación, tras una excesiva espera, «destrozó el [corazón] de D. Fadrique con retirarles el título de gobernador con que le nombraba siempre, más, mil veces más que el concejo con quitárselo [...], el Duque irguió la frente con altivez y respondió con glacial y acre ironía». Le pide que le aclare las palabras «Hago más», que ella había pronunciado en el momento del acuerdo que habían alcanzado para frenar la anterior rebelión: «Con él se resuelve mi destino y ya conoceréis la ansiedad con que lo espero». Dice esto «en voz más baja, con acento más dulce, con tono lento, con rostro expresivamente insinuante»; pero ella «arrostró su mirada fascinadora» y le dijo que sólo eran palabras de perdón. De este modo «D. Fadrique vio morir a su vez su dulce y acariciada ilusión, pero siempre altanero, siempre arrogante para la mujer de su amor, Reina y señora suya», le dio las gracias «con glacial ironía» (II, XXV) antes de despedirse de su hermana y partir hacia Portugal.

Enrique III

«Mucho nos ama nuestro tío y bien cumplidamente lo muestra, encendiendo el primero la guerra civil que llena de desolación el reino». Con esta ironía replica el rey niño a los intentos conciliadores de su tía Leonor. El personaje aparece retratado con respetuosa distancia, y sus juicios sobre el duque son así de afilados, combinando su indefensión física con una indudable inteligencia. En este diálogo con Catalina, ella está a punto de confiarle las otras («tres») ambiciones que guían a Fadrique:

«-¡Tres! ¿Pues nuestro tío obra por sí, fuera de la cuestión que para él es personal de regencia?

-¡Ay Enrique! más que nadie, porque los arzobispos quieren mandar sobreponiéndose el uno al otro; pero el Duque quiere sobreponerse a todos, y obtenerlo todo.

-Contraria le sois, Catalina; dijo Enrique III dándole un golpecito en el hombro familiarmente. ¡Si la reina de Navarra os oyera!...» (I, XXI).

Aun así la corrección sigue predominando entre ambos, y cuando se acuerda la solución provisional con la que acaba el libro I, “se adelantó a recibirle como a su deudo, y abrazándolo [...]” (I, XXIII). Con la mejora de las relaciones entre Catalina y Fadrique, y la enfermedad del rey, las aspiraciones del duque empiezan a incluir la desaparición del este: “apurando a grandes sorbos la ancha copa de la felicidad, se entregaba sin reserva a

la violencia de la pasión al nacer; todas las mágicas ilusiones del deseo para vivir, rechazándole al insinuarse por primera vez con el más acerbo desprecio, la que en su inmensa presunción había asegurado ser suya.

Cuanto más bellas, más magníficas y seductoras habían sido las ilusiones que lo habían deslumbrado; más amarga y humillante encontraba la realidad; y la Reina, de pie, radiante de majestad, señalándole la salida con su ademán orgulloso, estaba tenaz e implacablemente unida a su memoria.

También la Reina había velado. También en su mente había un pensamiento fijo, y en su corazón una agitación constante. También ella le veía incesantemente a través de sus párpados entornados cayendo a sus pies de rodillas, cogiendo luego la orilla de su vestido, y sentía aún con estremecimiento febril, la ligera presión de sus labios en los rizos de su magnífica cabellera.

Y cuando él en su frenética rabia, y ella en sus recuerdos inquietos veían avanzar el día, sentían una impresión indefinible y violenta, pensando que pasadas algunas horas iban a encontrarse frente a frente con la corte por testigo» (I, XIII).

En efecto, cuando se ven en la presentación del testamento «D. Fadrique sintió latir el suyo [su corazón] con violencia al ver a la Reina, y ésta arder su frente, que se enrojeció como la escarlata, al encontrar su mirada con la mirada del Duque» (I, XV). En cualquier caso, Catalina es consciente de su ascendiente sobre el duque, como nos hacen saber sus palabras al arzobispo de Santiago, cuando el peligro de una rebelión se acerca: «sólo un sentimiento *exclusivamente personal* ha impelido al Duque a tomar una determinación que atraerá con su violencia y demasía funestos trastornos a Castilla» (I, XVI). En este punto, la reina piensa haber perdido el amor de Fadrique, mientras el suyo se despierta:

«Creía haber muerto el amor de D. Fadrique, y a la vez que esta convicción tranquilizaba su conciencia que lo reprobaba, su corazón se ulceraba, porque aquel corazón que un beso había estremecido, amaba como se ama por la primer vez de la vida, entre ilusiones de oro y nubes de vaguedad deliciosa» (I, XV)

Al mismo tiempo, él piensa ser objeto de la ira de ella; está «firmemente persuadido que el tiro que lo derribaba de su alto puesto, partía de la mano de la Reina para separarle de su lado, profundamente herido en su mal correspondido y mejor dicho despreciado amor, en su ambición y en su orgullo» (I, XVII).

Los buenos oficios de Leonor atajarán el conflicto armado, y el final del Libro I ofrece una escena de reconciliación. Él le habla «con emoción clavando en ella sus expresivos y grandes ojos negros radiantes y apasionados» y «pudo leerse en su semblante altanero no el gozo del triunfo, sino los suaves y puros reflejos de la felicidad» (I, XXIII). Este momento marca el cénit de la relación, así como de las ambiciones del duque. Catalina no sólo personifica sus ambiciones personales, sino también las políticas:

«Seguía, pues, suspirando a los pies de Catalina de Lancaster, que sin confesárselo lo amaba, ocupándose del porvenir y soñando una corona que, en su desmedida ambición y en su orgullo presuntuoso, se encontraba digno y predestinado a ceñirla» (II, XII).

Cuando se produzca la caída definitiva, provocada por el asesinato de Dña Sánchez de Rojas y la intriga amorosa con Elvira Manrique, Catalina cree haber sido engañada como los demás. Aquí la narración se permite reflexionar sobre las causas de ese amor auténtico del duque: «Lo condenaba enérgicamente al par con el corazón y la cabeza, con la razón y el sentimiento [...] tomando por engaño un amor que era real y profundo, acaso porque no

Rodrigo López de Ayala

Ya en el libro I habla de los “arrogantes desmanes”(I, XII) del duque. Su rivalidad es constante, aunque no hay una confrontación directa hasta que, en el libro II, Fadrique ejecuta su venganza sobre él, por haber sacado a la luz el testamento. Cuando cree haber sido traicionado por Elvira, se distancia del duque en el modo de vengarse, prometiendo verdad y resaltando de nuevo su bastardía: “Quédese para ese bastardo todo lo que es traidor y villano” (II, VI).

“En su concentrado furor sólo conocía que pudiera saciarla el arrojar a la frente del Duque la acusación de traidor, el epíteto de villano, su condición de bastardo, y después arrancarle la vida, vencéndole en combate singular, a la luz del sol y a presencia de Castilla. D. Fadrique y él no cogían (sic) en el mundo” (II, VII).

A partir de este momento, sus encuentros estarán marcados por la ira y la agresividad. Rodrigo le dice: “se conoce que habéis nacido de la parte afuera del alcázar, y que a la bastardía del nacimiento, añadís la del corazón”. Luego lo reta:

“Duque de Benavente, como a fementido traidor que sois, os podría enterrar mi daga en la garganta sin que Dios me tomase de ello cuenta; pero soy caballero, y como tal, ofendido por vos de un modo infame y desleal, os reto a muerte con todas armas, y os cito para mañana [en] la corte, donde me presentaré para arrojaros mi guante y pedir campo y plazo a los regentes”.

Fadrique acepta, pero planea que lo maten. Cuando el duque da las instrucciones para su asesinato, la narración habla de un “nombre aborrecido” (II, XIX). El modo en que este plan se malogra será el fin de sus ambiciones: Día Sánchez de Rojas muere por una confusión, y Rodrigo califica su acto de “venganza desleal, cobarde, propia en un todo de bastardo”. Acude ante el rey a pedir justicia, acusándole directamente, lo cual llena de espanto al monarca: “ Ese bastardo que se titula duque de Benavente; ese que tiene sayones que acometen con cuchillo a los que su venganza señala. Ese que en su perfidia todo lo destroza, todo lo aja, todo lo mancha”. Sin embargo, el rey no se atreve a proceder directamente contra Fadrique, lo cual provoca estas reflexiones de Rodrigo: “Es amargo que el que ha derramado el mal a manos llenas quede ileso para continuar en su obra. Que no haya justicia para sus crímenes ni coto a sus desafueros” (II, XXI). En la última gran confrontación entre ambos, Rodrigo afirmará con fuerza que Fadrique es responsable del crimen. Al oír sus rotundas palabras, Fadrique “miró a Rodrigo, no comprendiendo en su odio y su alucinamiento la grandeza sublime de aquella afirmación” (II, XXIV).

Isabel de Osorio

La breve intervención de este personaje es fundamental para que la reina conozca las maquinaciones de Fadrique respecto a Elvira: “V. A. no conoce aún a D. Fadrique de Castilla, cuando duda de su atrevimiento y desconoce su veleidat”; “todo antojo y todo orgullo, es también todo fuego y todo ímpetu”; “se ha interpuesto entre él [Rodrigo] y su prometida”. Finalmente, lo define con estas palabras: “hombre que ama hasta que le corresponden; que pretende hasta que obtiene, y que olvida así que se le satisface” (II, XIII).

Día Sánchez de Rojas

Concluimos este recorrido por los personajes con las palabras que pronuncia este poco

las deslumbrantes ilusiones de una insensata esperanza, basada en la muerte del doliente D. Enrique” (II, IV). Consciente del poder del duque, cuando Rodrigo acude a solicitar reparación por la ofensa sufrida en la persona de Elvira, el rey le pide no retarle, pues “el duque de Benavente es nuestro deudo, tiene nuestra sangre y le amamos” (II, XXI). Pero, tras el asesinato de Dña Sánchez de Rojas, su juicio es bien diferente: “la vida de nuestros vasallos está a merced de una voluntad irascible, y esa voluntad, aunque sea la de nuestro tío, debía de estar enfrenada donde hay ley y quien represente al Rey” (II, XXIII). Al contrario de lo ocurrido con Leonor y Catalina, Fadrique no se atreve a despedirse personalmente de él: “ni el Duque tuvo ánimo de presentarse a él tampoco, sino de abandonar el alcázar donde acababa de sufrir la última decepción de aquel día” (II, XXV).

Ruy López. Dávalos, camarero mayor

Es uno de los personajes que aconseja a Catalina, cuando esta teme que el despecho lleve al duque a la rebelión. Dávalos confirma sus temores: “D. Fadrique, como las águilas, no suelta nunca la presa sobre que sienta la garra” (I, XVI).

Elvira Manrique de Lara

Esta dama de la reina Catalina es la prometida de Rodrigo López de Ayala, y Fadrique la utilizará en su venganza contra éste por su papel en la reaparición del testamento. Tras haber sido prácticamente un personaje comparsa en el libro I, al comienzo del libro II encontramos que el duque ha emprendido su seducción. Así, en un encuentro a solas de ambos él le habla “fascinándola primero con su mirada” (II, I). Para cuando Elvira conoce el engaño de que está siendo objeto, una serie de circunstancias han sembrado la duda en su prometido. Sabiendo que la ruptura es inminente, Elvira se apresura a explicar lo ocurrido a su padre, calificando al duque de “un hombre como no hay otro” (II, VIII) y asegurando que le habló “con indecible insolencia” (II, VIII). La muerte de su padre en duelo con Rodrigo, y la huida de este, hacen que Elvira sufra una triste transformación: “no era la que llena de pasión y de esperanza llenaba de orgullo y de ventura al duque de Benavente con un ‘¡te amo!’” (II, XII). De un modo típicamente romántico, el personaje morirá víctima de sus emociones cuando, a punto de tomar el hábito en Las Huelgas, Rodrigo vuelve por ella.

Ben Samuel

El astrólogo, aparte de por custodiar el testamento en su torre benaventana, destaca por su profunda intuición a la hora de detectar los deseos y sentimientos ocultos de quienes acuden a él. Muy en la línea de la novela histórica española, esta es la explicación racional y psicológica que se da a la faceta adivinatoria del personaje, caracterizado además como judío. Hay un núcleo de autores judíos que cultivan la astronomía en Castilla en esta época; así que aquí se recorre el camino entre el riguroso científico y el astrólogo adivinador que ven los demás, en un personaje que siempre aparece retratado por su astucia y carácter calculador. Así es como vaticina al duque que Rodrigo López de Ayala lo reemplazará como regente “incitando con un conocimiento infernal todas las ardientes pasiones del Duque” (II, V). Cuando llega el momento de la derrota, Fadrique es el primero en admitir que sus predicciones (fuera cual fuera el medio con que las hizo) eran correctas: “¡No mintieron las estrellas!, realizada está la predicción de Ben Samuel” (II, XXIV).

El duque prefiere ignorar este clamor: “era tan grande su poder en Castilla, estaba de ello tan convencido, y tan seguro se hallaba de la impunidad, que oía rugir la tempestad popular con una indiferencia que rayaba en desprecio”. La percepción colectiva del concejo confirma su culpabilidad: “De pálido que el Duque estaba pasó a rojo, igualando su tez encendida al color de la escarlata, y al notarlo cuantos le miraban, se convencieron plenamente de su crimen, reinando algunos instantes un silencio profundo, pero violento” (II, XXIV).

4. VISIONES DE BENAVENTE Y SUS GENTES

Según Darío Villanueva “el espacio objetiva el tiempo hasta el extremo de que pensamos en el tiempo como espacio, pues sólo localizándolo llegamos a adquirir conciencia de él”¹¹. Aunque la mayor parte de la acción de la novela se desarrolla en ciudades como Burgos y Valladolid, los capítulos que transcurren en los estados del duque, y en particular en su castillo de Benavente, tienen una importancia particular, por lo cual es un espacio marcado, sobre todo en el libro I. Gran parte de su papel central se debe a ser el lugar escogido por el duque para guardar la caja de plata que contiene el testamento: “id a mi Castillo de Benavente, entregadla a Ben Samuel” (I, II). En cumplimiento de lo cual, Gonzalo toma el “camino que lo había de conducir a Benavente”. Y hacia Benavente sigue, una vez ha conseguido la caja, provocando las sospechas del abad de San Bernardo el Viejo, por “tomar el camino de Burgos para torcer a Benavente en vez de volver por el de Madrid, que era según lo que había dicho, el que debía seguir si su intento era entregar la caja al Duque” (I, IV). Estas sospechas conducirán luego al descubrimiento de su escondite por Rodrigo, quien, tras hablar con el abad, se dirige a la villa: “Al rayar la aurora los viajeros se pusieron en camino, pasando con la rapidez de un meteoro por Valladolid, Tordesillas y Villalpando sin entrar en ninguna de ellas. Siempre corriendo noche y día llegaron a Benavente”. La llegada de Rodrigo y su escudero nos proporciona una descripción del castillo, que hace especial mención del valle y del “parque” cercano. Dicho “parque” puede ser un recuerdo de la autora relativo al castillo-palacio que, siglos después, tendría fama por sus jardines, pero no corresponde a lo que debía de ser el castillo en la época de la novela. Nótese también la imprecisión de la referencia a la iglesia “blanca” (difícil de relacionar con Santa María, San Juan...):

“El castillo feudal del Duque, una de las más inexpugnables fortalezas de la edad media, y que llevaba el nombre de la ciudad que daba título a su señor.

Por fin, desde la cumbre de una suave colina que habían subido lentamente mientras que el sol descendía hasta tocar en su ocaso, Rodrigo López de Ayala y su escudero contemplaron el castillo de Benavente confundiendo en las nubes.

La primera de sus miradas fijó para él; la segunda la arrebató el apacible paisaje que se ofrecía a su vista de repente.

Descubríase en primer término un frondoso y ameno valle cruzado por el Esla, que se asemejaba a una argentada banda extendida sobre una alfombra de verdura.

Alzábanse en segundo las almenadas torres del castillo de Benavente, mole inmensa de piedra que se destacaba como un gigante en el azul horizonte, extendiéndose por una parte el parque enmarañado y sombrío de corpulentas encinas y añosos robles, y elevándose por otra una aldea con su pequeña y blanca iglesia, cuyo campanario descollaba

antes de morir a manos de los sayones del duque: “D. Fadrique, que es violento y vengativo, es también muy caballero para no respetar altamente la honra de una dama reservando su predilección o favores” (II, XX). Estas palabras sintetizan la percepción que los actantes de la novela tienen del duque de Benavente.

3.3. IDEAS Y VISIÓN DE LA VIDA. IMAGEN ANTE LA SOCIEDAD

A lo largo de la novela, el duque de Benavente manifiesta su modo de ver el mundo y diversos principios, que unas veces sigue y otras no. Así, cuando confiesa a Gonzalo que “es desesperado cifrar la ventura de la vida en lo que no se ha de conseguir... al menos cuando se desea con una avidez delirante”, palabras que se relacionan íntimamente con sus dos grandes aspiraciones: el poder y el amor de la reina. En el tema de amor, cuando Gonzalo le menciona los provechosos matrimonios a los que podría aspirar, él le dice “hablábamos de amor, no de alianzas” (I, II). Paradójicamente, el Fadrique histórico tuvo una participación importante, aunque varias veces frustrada, en la política matrimonial de la época; la obtención del ducado de Benavente estuvo directamente relacionada con uno de estos pactos matrimoniales.

“La ciencia humana es un destello de la sabiduría de Dios [...] y resplandece en la inteligencia privilegiada y portentosa del astrólogo Ben Samuel” (II, I). Esta afirmación la hace en lo más alto de su poder, mientras que estas otras palabras se las dice tras su derrota, a punto de partir, a Leonor: “nunca he visto tan bien ni tan pronto las cosas como desde que no soy regente”; “necesito movimiento, agitación, combatir y más que todo olvidar”. Así pues, se refugia en la acción, del mismo modo que culpa al destino de su desgracia: “Esa es la fatalidad, Leonor; esa es mi estrella maldita que así lo tenía dispuesto”. Concluye definiendo su propia situación con estas palabras, extrañamente vacías de resentimiento:

“Sólo os respondo que las venganzas se escapan aun a las manos más fuertes, y que con Castilla he roto hoy todo pacto. No sé si volveré, acaso demasiado pronto, acaso demasiado tarde, porque somos como los aristas que el viento lleva donde sus ráfagas van; mas lo que sí os aseguro es que ni me dejo una ilusión, ni me llevo una esperanza. Se asemeja al partir mi corazón a esos campos sobre los que ha derramado sus cataratas el cielo en un día de tormenta; va arrasado, mi Leonor” (II, XXV).

¿De qué modo ve el pueblo los acontecimientos en los que está implicado el duque (dejando aparte sus propios vasallos)?:

“El vulgo, a quien había trascendido el hallazgo del testamento del difunto monarca alegrándolo, por parecerle [...] que con él se terminarían las discordias en que ardía dividido el concejo, se retiró amedrentado a sus hogares, presintiendo a su vista que las pasadas contiendas se convertían desde aquel punto en guerra declarada y sangrienta” (I, XV).

Cuando es asesinado Día Sánchez de Rojas, nadie duda de su culpabilidad: “la mayoría de los ánimos estaba contraria al duque de Benavente a quien de público se acusaba, no dudando nadie fuese el autor de tan brutal desafuero”. Lo mismo se piensa en círculos más elevados: “Los recuerdos de los desmanes pasados [...] le daban más realce a la fechoría presente, y temerosos de lo futuro se buscaban con afán modos de ponerle coto” (II, XXIII).

¹¹ VILLANUEVA, D.: *El comentario de textos narrativos: la novela*. Júcar. Gijón, 1989, p. 42.

tránsito de su señor” (I, XVII).

Aunque no da muchos detalles y pueda parecer tópica, esta descripción es bastante ajustada a lo que debió de ser la realidad, pues el castillo de Benavente era, ante todo, una fortificación militar que formaba parte de un complejo de construcciones que incluía fosos, murallas, cubos y puertas de la ciudad. Es decir, su carácter defensivo era primordial, como se demuestra históricamente en diversos asedios que sufrirá la villa. La visión de la autora, de apariencia muy genérica, responde a una escasez real de datos sobre esta edificación.

¿Con qué personajes de encuentran quienes visitan Benavente? A Rodrigo López de Ayala lo recibe el alcaide de la fortaleza, acompañado por un centinela. Ambos personajes tienen nombre, y son caracterizados como leales y valerosos:

“Íñigo Núñez, alcaide de Benavente, era una de esas naturalezas leales y agrestes para quien no hay seducciones que basten para inducirlos a una traición, ni disfraz con que cubrir una idea. Garci Gómez era un anciano que había envejecido con las llaves del castillo en su cinto. Ambos adictos al Duque, ambos sencillos como asturianos y confiados como valientes.

En la primera grada apareció la marcial figura del vetusto alcaide, quien reconociendo al Alférez mayor del Rey con su instinto particular, conoció que no se las había con un pelgar sino con un infanzón”.

Ben Samuel también aparece descrito por primera vez en su torre benaventana: “Llevaba una túnica verde ceñida con un cinturón de cuero, y un turbante blanco cubriendo el límite de su frente ancha, desarrollada y de cenicienta palidez” (I, XIV).

La referida visita de don Fadrique conoce una recepción entusiasta de todos los que están en la villa, encabezados por los mencionados alcaide y centinela:

“García Gómez, con regocijado semblante y la cabeza descubierta le esperaba en el puente; Íñigo Núñez en la puerta abierta de par en par, y el capellán del castillo en las primeras gradas de la escalera principal.

Echó pie a tierra D. Fadrique entre los gritos de júbilo de los habitantes de la fortaleza feudal, que tiraban las gorras al aire celebrando la llegada de su señor, y cordiales y respetuosas bienvenidas que recibía distraído, ocupado en buscar con una detenida mirada al astrólogo; y no hallándole entre sus servidores y vasallos [...] cortó bruscamente los cortesos cumplidos del buen Íñigo Núñez y tomó el camino de la torre mandando que no le siguiera nadie [...]

Los clarines hacían oír sus marciales ecos en el patio lleno de arqueros y peones; los pajes y escuderos departían en alegres corros desde el patio a las almenas, cruzando bulliciosamente salones y galerías, y todos los caballeros de la comitiva del Duque y los hidalgos inmediatos a su castillo que presurosos vinieran a saludarle, reunidos en la sala de armas hacían resonar bajo sus altas bóvedas el eco sonoro de sus robustas voces y el metálico crujir de sus espuelas en sus no interrumpidos diálogos y paseos”.

Entrega similar se refleja en el momento en el que, ante el peligro de ser excluido de la regencia que el descubrimiento del testamento supone para él, el duque llama a sus vasallos a unirse a su rebelión:

“-Todos los vasallos de Benavente ¡a las armas!

Una conmoción eléctrica hizo que todas aquellas frentes marciales se irguieran como la del Duque, y que todas aquellas voces, formando una sola, repitieran con entusiasmo:

sobre las cabañas amontonadas a su alrededor, como el castillo sobre toda la perspectiva que ligeramente hemos descrito”.

A partir de este momento, la descripción reproducirá el proceso de percepción de los diferentes lugares por Rodrigo, a modo de observador que la naturaliza, en el orden que van apareciendo ante él:

“La mansión feudal del duque de Benavente era una de esas fortalezas de la edad media, en las que nada se había olvidado para su defensa. Las altas murallas de piedra desafiaban al tiempo con su maciza solidez; dos torres con sus espesas almenas lo franqueaban, y un profundo foso colmado de agua hasta desbordarse lo ceñía en su extensión.

Página elocuente, atestiguaba mejor que las de una crónica las tendencias de su dueño y las costumbres de su época.

Rodrigo López entró en una avenida sombría y se acercó resueltamente al castillo. El puente levadizo estaba levantado, y en la plataforma se paseaba un centinela con la ballesta en la mano”.

Estas palabras, en especial el segundo párrafo, nos muestran que la descripción del castillo, aparte de la función ornamental, cumple una simbólica o explicativa, reveladora de la psicología del personaje y la mentalidad de la época. Tras unas reticencias iniciales, le dejan pasar: “Anublóse el semblante risueño de Íñigo Núñez y Garci Gómez se santiguó; pero mandaron bajar el puente, que pasó Rodrigo después de atar su caballo en el árbol más cercano”. Y le indican como llegar a la estancia de Ben Samuel en la torre: “Subid esta escalera hasta el fin, allí encontraréis una puerta que estará cerrada, llamad y os hallaréis en su presencia”. Al seguirlas, llega a una estancia repleta de las herramientas del oficio de este personaje:

“Rodrigo subió con precaución, encontró la puerta, y notando que estaba entreabierta hizo penetrar su mirada antes que fuera descubierta su persona, para conocer la que tan resueltamente buscaba.

En el fondo de una pieza cuadrangular, desnuda y sombría, con dos ventanas estrechas y rasgadas practicadas en el muro, sentado junto a una mesa llena de libros, hacecitos de yerbas secas, cajas, compases, esferas y astrolabios, había un hombre leyendo a la luz del crepúsculo que allí penetraba”.

Tras la pelea entre ambos, hace el mismo recorrido en sentido inverso:

“Dicho esto quitó el Alférez mayor el cerrojo que había echado a la puerta y abandonó la torre descendiendo lentamente por la angosta y pendiente escalera.

Cruzó los desiertos y oscuros salones, pasó por las angostas y dilatadas galerías y llegó por último a la sala de armas [...].

Bajó al patio, montó a caballo, pasó el rastrillo, luego el puente levadizo y entró en la larga y oscura avenida” (I, XIV).

La recepción del duque, durante el día, en los mismos lugares, unos cuantos capítulos después, incluye escenarios similares, recreados de un modo muy diferente:

“Una alborada avistó su castillo. Ya estaba a la vista de su venganza.

Acelerando el paso como se aceleraba el latir de sus arterias, se acercaron al castillo, que el primer rayo del sol doraba como una dulce esperanza a un pensamiento sombrío. [...]

Así que entró en la avenida la empolvada tropa, se bajó el puente levadizo, los hombres de armas se formaron en dos filas en el gran patio de la fortaleza, y todos los criados se agolparon al rastrillo y donde quiera que pudieran encontrarse próximos al

¡Cómo si os lo permito! en mi presencia como en mi ausencia estáis en Benavente en completa libertad. Id, pues.

El adicto alcaide se aprovechó del permiso del Duque y salió a dar cumplimiento a sus deberes” (I, XVII).

Esta viva descripción no puede dejar de recordarnos que, aunque Benavente estaba muy lejos de los lugares donde se dieron las principales batallas entre cristianos y musulmanes, las milicias benaventanas desempeñaron un importante papel en la situación política y militar en los reinos de León y Castilla. Aquí la descripción está mucho más entrelazada con el diálogo y la narración, confiriendo al texto mayor dinamismo.

¿Qué significa para el duque ir a Benavente? La villa representa el poder de Fadrique. En ella, como hemos visto, se esconde temporalmente el testamento y acude Rodrigo López de Ayala a buscarlo. Es el lugar donde acude (de tan evidente, casi sin mencionarlo en su partida) el duque en su primera derrota, cuando, como dice Pedro Tenorio al rey y la reina: “ha salido D. Fadrique de la villa encaminándose a sus estados” (I, XVI); “volaba por el camino de Benavente” (I, XVII). También es su refugio, y el punto de partida de futuras rebeliones, al final de la obra. Allí envía a los dos hombres que ejecutaron la muerte de Día Sánchez de Rojas:

“Troncoso, dijo a su escudero así que entró: ahora mismo con todos los hombres de armas de mi casa os vais a poner en camino para Benavente custodiando a Lovete y a Castilla. Hacedme el favor de decir a mi mayordomo Nuño Ramírez que cuide de hacer todos los preparativos para seguirme mañana al amanecer con cuantos permanecen a mi servicio “(II, XXIV).

“Antes que el sol tocara a su ocaso salió Troncoso con algunos hombres de armas en dirección de Benavente, conduciendo, o más bien escoltando a los dos ballesteros que tan mal habían llenado los deseos de su Señor, y el resto de su servidumbre esperaba con los caballos embriados el instante de partir” (II, XXV)

Y él mismo (“También sabéis que nos vamos dentro de algunas horas”, (II, XXIV)) parte hacia Benavente, el centro de sus “estados”, y de un título que está destinado a perder, aunque esto ocurra fuera del breve tiempo que comprende la novela:

“Motivo había en verdad para aquello y mucho más, pues la muerte de Día Sánchez de Rojas, la de Elvira Manrique; la súbita aparición de Rodrigo López de Ayala cuando nadie lo esperaba, creyéndole cada cual donde mejor le parecía; la resolución de guardar el testamento de Don Juan I, y la salida del enojado duque de Benavente para sus estados, eran cosas cada una de por sí y todas juntas para dar qué sentir, qué pensar, y qué decir por un largo espacio de tiempo” (II, XXVI).

5. CONCLUSIONES

Esta novela es una obra representativa de la época y la mentalidad que la vieron nacer. La compleja forma de ser de Fadrique, el primer duque de Benavente, lo convierte en un protagonista muy apropiado para una novela histórica del tipo que se escribió en el Romanticismo. A pesar de todas las simplificaciones de caracterización de que adolece, la autora ha sabido ver el evidente interés de un carácter dotado de una fuerte personalidad, a la par que sometido a las circunstancias políticas de la

¡A las armas!

-En este momento, pues, vais a salir del castillo a recorrer mis estados, a convocar mis vasallos para reunirlos, y que se apronten a seguir mi bandera que desplegará tremolando mi alférez el noble Gonzalo de Figueroa mañana al romper el día. Los que no estén a tiempo de marchar conmigo, me seguirán con Álvaro de Villaizán y Ruy Pérez de Arlanza, para que incorporándonos todos nos encaminemos a Castilla a libertarla como al Rey de sus tiranos y opresores. [...]

-¡¡A la lid por Benavente y D. Enrique III!! respondieron con marcial ardor todos los guerreros descubriendo la frente y medio sacando las espadas.

El Duque tornó a ponerse el fuerte yelmo, y todos los caballeros le cercaron.

Poco después el puente crujía bajo los pies de los caballos de cuantos iban a llevar las órdenes del Duque, desde Villalpando hasta Cibrones, y D. Fadrique se encaminaba a sus aposentos acompañado del buen Íñigo Núñez y de Gonzalo de Figueroa.

-Íñigo -dijo el Duque a su anciano alcaide, ¿con cuántos hombres podremos contar mañana?

-¿Mañana...? Muy poco tiempo es, D. Fadrique; mañana apenas se podrán reunir doscientos caballos y un doble número de infantes.

-¡Poco es, Núñez! ¿Y en el siguiente día?

-Un día entero, señor Duque, son veinticuatro horas; pasado mañana saldrán al mando de Ruy Pérez y Villaizán cuatrocientos caballos y mil quinientos infantes.

-Eso ya significa algo, dijo el Duque sonriéndose satisfecho.

-Eso significa un ejército, señor; y ejército, que el Rey ha de ser y no afirmaré yo que en el término de dos días lo reúna.

-Ni en el de cuatro tampoco, Íñigo, eso no dudo yo en creerlo; mas decidme, ¿y vos, encontráis pesado el arnés? ¿Os quedáis entre estos muros desiertos, o nos acompañáis a Castilla?

-D. Fadrique, contestó el buen alcaide dándole un golpecito familiarmente en el hombro; aunque mis cabellos blanquean, no le faltan bríos a mi pecho. [...] Hoy que vais a combatir, os acompañaré a vos; y si no puedo salvaros como al conde, sabré morir defendiéndolos.

-Íñigo, dijo el Duque con expansión; hay corazones que olvidan; el mío no, nunca, ni nada, y en él se graban vuestras palabras que tal adhesión me aseguran.

-Nací en la casa de vuestro padre, me he hecho viejo a vuestro servicio; tanto es morir con vos, como morir por vos; en siendo a vuestro lado, ¡satisfecho! Esto dicho, si me lo permitís, voy a la armería a sacar lanzas y ballestas y a empezar a repartir.

época y de su condición de bastardo, y redondearlo con la variedad de relaciones que manifiesta con otros actantes. Benavente, el corazón de sus estados, tiene una aparición breve, pero de evidente valor simbólico, tanto en las descripciones de los lugares como en los personajes que la pueblan.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, A. Y CARNERO, G.: “Verdad y fantasía en la novela histórica” en RICO, F.: *Historia y crítica de la literatura española*. I. M. ZAVALA: *Romanticismo y Realismo*. Crítica. Barcelona, 1982.
- ARNORIZ Y BOSCH, T.: *El testamento de Don Juan I*. Edición digital basada en la de Madrid, Establecimiento Tipográfico militar, 1855. <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=1075>
- ARRONIZ, T.: *El testamento de Juan I*. Belacqva. Barcelona, 2004.
- BERDUM DE ESPINOSA, I.: *Derechos de los Condes de Benavente a la grandeza de primera clase*. E y P Libros Antiguos. Madrid, 1997.
- FERRERAS, J. I.: *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX*. Cátedra. Madrid, 1979.
- GARCÍA BERRIO, A., HUERTA CALVO, J.: *Los géneros literarios: sistema e historia*. Cátedra. Madrid, 1995.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R., REGUERAS GRANDE, F., MARTÍN BENITO, J. I.: *El Castillo de Benavente*. C. E. B. “Ledo del Pozo”. Benavente, 1998.
- LARRA, M. J. de: *El doncel de don Enrique el Doliente*. Tebas. Madrid, 1975.
- LEDO DEL POZO, J.: *Historia de la nobilísima villa de Benavente*. C. E. B. “Ledo del Pozo”. Benavente, 2000.
- LÓPEZ DE AYALA, P.: *Crónicas*. Planeta. Barcelona, 1991.
- MARTÍN BENITO, J. I.: *Cronistas y viajeros por el norte de Zamora*. C. E. B. “Ledo del Pozo”. Benavente, 2004.
- MARTÍN, J. L.: *La Edad Media en España. El predominio cristiano*. Anaya. Madrid, 1990.
- SAMSÓ, J.: “Las ciencias exactas durante la Edad Media” en GARCÍA SIMÓN, A. (Ed.): *Historia de una cultura (II). La Singularidad de Castilla*. Junta de Castilla y León. Valladolid, 1995.
- SÁNCHEZ LAGO, P.: *Historia completa de Benavente desde su fundación hasta 1903*. C. E. B. “Ledo del Pozo”. Benavente, 2003.
- VALDEÓN BARUQUE, J.: “Origen y consolidación de León y Castilla” en GARCÍA SIMÓN, A. (Ed.): *Historia de una cultura (I). Castilla y León en la historia de España*. Junta de Castilla y León. Valladolid, 1995.
- VV. AA.: *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*. Espasa. Madrid, 1908-1930.
- VV. AA.: *Historia de la Literatura Española II*. Cátedra. Madrid, 1990.
- VV. AA. *Historia Universal de la Literatura. Del Clasicismo al Romanticismo*. Argos Vergara. Barcelona, 1987.
- VILLANUEVA, D.: *El comentario de textos narrativos: la novela*. Júcar. Gijón, 1989.